

griegos que estaban dispuestos á entrar á su servicio; la guerra peloponésica habia obligado á las ciudades, que desgraciadamente no podian enviar al campo de batalla las tropas ciudadanas, á reclutar y asalariar soldados y marinos extranjeros, que, terminada aquella, se hallaban á merced del que los quisiera pagar. Arcadia, Acaya y Creta contaban gran número de estos guerreros, entre los cuales figuraban, asimismo, las masas de infelices desterrados, que habian sido arrojados de sus patrios lares á consecuencia de varias y violentas revoluciones, y que se hallaban esparcidos por distintos territorios. Por último, en muchas partes del mundo griego las convicciones de los ciudadanos se habian alterado con tan larga guerra; habiase fomentado el afán de aventuras y de botín; de suerte que á un caudillo como Ciro, que era conocido en Grecia por su liberalidad, y que sabia tratar y estimar á los griegos, no le fué muy difícil, valiéndose de algunos oficiales amigos, reclutar una multitud de soldados aptos, que ignoraban por de pronto que la expedicion se dirigiese contra el gran rey. El mas célebre general de cuantos oficiales griegos se hallaban á las órdenes de Ciro, era el espartano Clearco, hombre poderoso y temible que, siendo harmoste en Selimbria y Bizancio (404 á 403), habia cometido tales arbitrariedades, que los eforos se vieron obligados á arrojarle violentamente de su residencia. Este y otros oficiales reclutaron en muchos puntos de la Grecia y durante los años de 403 y 402 gran número de mercenarios para Ciro, que se reunieron á fines de febrero de 401 en Sardes.

Ciro en 402 habia entablado negociaciones con el gobierno espartano, para conseguir un fuerte apoyo para su empresa. Los espartanos le miraban con grandes simpatías, pero á pesar de esto no quisieron concederle abiertamente su auxilio, ni aun á cambio de la liberacion de los griegos asiáticos.

Sabian perfectamente que Ciro, su íntimo amigo, por su extraordinario talento y por el profundo conocimiento que tenia de todos los rasgos de carácter y de todas las flaquezas del helenismo contemporáneo, era el hombre que podia ser, como rey del imperio persa, el mas temible vecino de Grecia. Interesábales vivamente descubrir y adoptar una línea de conducta que les hiciese posible, por un lado proteger indirectamente al príncipe Ciro de un modo que no pudiese serle sospechoso, á fin de no perder el favor del mismo, y por otro no indisponerse completamente con Artajerjes II, para el caso de que fracasase la empresa que intentaba Ciro. Esta política astuta de términos medios produjo los merecidos frutos.

Los espartanos habian ayudado indirectamente á Ciro á hacer sus preparativos. Cuando este príncipe, en marzo de 401, con unos 100,000 asiáticos, 11,000 hoplites escogidos y 2,000 guerreros griegos ligeramente armados, invadió por el Este la Lidia y la Frigia, enviaron los eforos al almirante Samios con una escuadra de observacion á las costas de Cilicia, cuya llegada tuvo por consecuencia que el sátrapa de esta provincia, franquease á Ciro el impracticable paso del Tauro. Cuando Ciro, despues de grandes esfuerzos, pudo persuadir á los griegos á que le siguiesen al interior de Cilicia, la escuadra espartana desembarcó á fines de junio en Issos 700 hoplites lacedemonios que, mandados por Queirosofo, eran enviados aparentemente como enemigos de Ciro, y en realidad se reunieron con el ejército de este príncipe.

La campaña emprendida por Ciro pareció de seguro éxito; sin embargo, su enemigo Tisafernes dirigióse precipitadamente á Susa, en cuanto tuvo noticia de la llegada de los mercenarios griegos á Sardes, para prevenir al gran rey del peligro que le amenazaba, y en seguida se envió un poderoso ejército á las provincias orientales. A pesar de todo, pudo Ciro llegar sin obstáculo alguno hasta la llanura de Cunaxa, á nueve millas de distancia de Babilonia, la capital mesopotámi-

ca, en donde se encontró por vez primera con el ejército de su hermano compuesto de 400,000 hombres. La formidable batalla que se dió en 3 ó 7 de setiembre de 401, y que tuvo que librarse en un terreno pantanoso, decidió la victoria en favor del gran rey. Debióse este resultado á que mientras Clearco, contra el parecer mas prudente de Ciro, atacaba y destruía el ala izquierda del ejército real, en vez de arrollar el centro, dirigió Ciro un temerario ataque contra la escolta de su hermano, y siendo muerto, fué causa del fatal término de la guerra.

VI.—JENOFONTE Y LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

Los griegos se encontraron entonces en situacion verdaderamente desesperada; abandonados y vendidos por los asiáticos de Ciro, engañados por los persas y atraídos á la Asiria sin atender al armisticio ni al tratado de paz firmado con los griegos, y privados, junto al río Zabatos, de sus principales jefes, á excepcion de Queirosofo y algunos otros, á consecuencia de una infame traicion. En tales circunstancias solo debieron su salvacion al valor, á la inteligencia y á la extraordinaria habilidad de un ateniense que habia tomado parte en la campaña como voluntario: Jenofonte.

Nació en 444 ó, segun otra cuenta, en 441 antes de Jesucristo, discípulo y amigo entusiasta de Sócrates, enemigo de la democracia ática, pero dispuesto en aquel momento á utilizar todas las cualidades que habia aprendido en la escuela democrática, decidió con su varonil conducta y con su arribatadora elocuencia á los griegos á que formasen un nuevo estado mayor y á que intentasen bajo su direccion la arriesgada empresa de una retirada hácia el mar Negro. La inaudita marcha de aquellos soldados errantes tuvo un éxito completo: á pesar de todos los peligros que les amenazaban, de parte de los persas, de los pueblos montañeses del Norte y de la misma naturaleza, atravesaron las elevadas comarcas de la Armenia y, finalmente, en número de 9 ó 10,000 lograron llegar felizmente, en febrero del año 400, á la Trebisonda griega.

Esta brillante expedicion de los llamados «Diez mil griegos» tuvo trascendentales consecuencias. Por un lado habia redimido en cierto modo á los mercenarios griegos; y mas aun, la experiencia de esta campaña en unos países desconocidos y completamente enemigos, al través de los cuales la admirable ductilidad y el talento militar de Jenofonte habia conseguido salvar al pequeño ejército y llevarle en algunos casos á la victoria, fué causa de que se introdujesen innovaciones y reformas importantes en la táctica griega, por medio de las cuales, poco despues, los áticos estrategos Ificrates y Cabrias hicieron inmortales sus nombres. Desgraciadamente aconteció que este progreso, es decir, la formacion de un arte de la guerra no nació de la vigorosa burguesía de Grecia, sino que se llevó á cabo con grande oposicion por parte suya. Igualmente contribuyó á que, por las eternas guerras civiles y las incansantes revoluciones, el oficio de mercenario en Grecia se convirtiera gradualmente en una industria (pues la burguesía se hacia cada vez mas inepta para el servicio de las armas), que se ejerció en gran parte por siervos labradores y por caudillos que iban tomando el carácter de aventureros y de soldados de fortuna.

Por otro lado, el brillante éxito conseguido por las tropas griegas en la batalla de Cunaxa, y la marcha de los diez mil desde Asiria hasta Trebisonda, demostró claramente á los hombres de Estado y á los generales del mundo heleno europeo, la superioridad moral y militar de las tropas griegas sobre los colosales contingentes asiáticos.

Entonces se comenzó á despreciar en Grecia á las tropas

persas; entonces se vió claramente que el monstruoso imperio estaba en cierto modo indefenso contra un ataque decisivo, y que su principal fuerza, frente á un enemigo de cierta consideracion, estaba en sus grandes dimensiones, mas bien que en su ejército, no movilizad hasta mucho despues. Los mismos sátrapas persas contaban, para el caso de una gran empresa, con los buques de guerra fenicios y con su estimable y diestra caballería, despreciando casi su descuidada infantería y procurando en cambio reclutar gran número de mercenarios griegos. En Grecia, los espartanos eran los que, con la experiencia de Clearco y de Jenofonte, mas animados se mostraban para llevar á cabo la arriesgada empresa de una guerra contra Persia.

Toda la astucia de los eforos no bastó para engañar al inteligente Tisafernes acerca del verdadero papel que Esparta habia desempeñado durante la expedicion de Ciro á Cunaxa; y Artajerjes estaba tan poco decidido como su sátrapa á tolerar en silencio la guerra que se le habia declarado con motivo de la sucesion al trono. En un principio la política espartana, durante algun tiempo despues de la batalla de Cunaxa, intentó engañar á las autoridades persas, y de este afán resultó la infame conducta que los harmostes lacedemonios del Bósforo se permitieron observar contra el heróico ejército de Jenofonte, cuando estas tropas, en número de 7,000 hombres, llamados comunmente círeos, despues de haber luchado tenazmente con los pueblos del Asia Menor y de haber vencido los mas fuertes obstáculos, llegaron á fines de verano del año 400 á Crisópolis (en el Bósforo). Desgraciadamente hacia poco que habia muerto el anciano Queirosofo, y la antipatía de los espartanos hácia el ateniense Jenofonte, la política que momentáneamente habia triunfado en Esparta y la bajeza personal del nauarca Anaxibio y de otros oficiales espartanos, contribuyeron á que se tratase de un modo infame á los 6,000 círeos, que desde principios de octubre habian sido conducidos hácia Bizancio; de suerte que no les quedó á estos mas recurso que ponerse á las órdenes del caudillo tracio Seuthes, que aceptó aunque con repugnancia sus excelentes servicios.

En cambio, no pudieron los eforos continuar su política contra Persia. Tisafernes, dejando las montañas armenias, fué enviado de nuevo por Artajerjes á Sardes, conservando en su satrapía caria la Lidia, como antes de la llegada de Ciro, añadiéndole, además, la Carania; y comenzó en el año 400 á hostilizar enérgicamente las ciudades jonias que en 404 se habian pasado al bando de Ciro. Cuando estas ciudades solicitaron, en el colmo de la angustia, el apoyo de Esparta, y cuando, á fines del año 400, el sátrapa rechazó todas las negociaciones diplomáticas, decidióse en Esparta declarar la guerra á los persas y vengar el ultraje que se les habia inferido en el tratado firmado con Tisafernes despues de la catástrofe de Siracusa.

VII.—GUERRA ENTRE PERSIA Y ESPARTA. CAIDA DE LISANDRO

Creian los espartanos poder proseguir la guerra sin necesidad de grandes recursos y enviaron durante la primavera de 399 al estratego Tibron hácia Efeso con un pequeño ejército compuesto de 1,000 neodamodes, 4,000 hombres de los aliados, y 300 jinetes áticos, antiguos guerreros procedentes en su mayor parte de las guardias de los treinta, y de los cuales se desembarazaba gozosa la democracia ática. Mas pronto se desvanecieron las esperanzas que se habian concebido sobre la cooperacion de las ciudades jónicas: los lugares, poco entendidos en las cosas de la guerra, proporcionaron escasos é inútiles soldados; en vista de lo cual Tibron, en marzo de 399, suplicó á los círeos que entrasen á su servicio,

GRECIA Y ROMA

á cambio de un fuerte salario. Esta proposicion halló entre ellos favorable acogida, de modo que Jenofonte condujo á los veteranos á Misia y al llegar á Pérgamo entregó su ejército á Tibron, regresando él desde luego á Atenas.

A pesar de este importante refuerzo, nada logró el general espartano, pues aparte de carecer de suficientes dotes militares, no sabia mantener la disciplina entre sus soldados. La situacion se habia empeorado cuando á fines del verano de 399 le substituyó Dercilidas, astuto diplomático, á quien se habian confiado antes las negociaciones con el Asia, y que restableció en seguida la disciplina en su ejército, puso fin á las extorsiones que las tropas causaban en las ciudades aliadas, y pareció imponer ó por lo menos consentir la odiada decarquía de Lisandro. Cuando Dercilidas se encontró frente á los persas, utilizó con gran éxito la descomposicion política del imperio, que hacia grandes progresos bajo la débil dominacion de Artajerjes II. Constábale perfectamente que los sátrapas del Asia Menor, sin grandes consideraciones para con la corte de Susa, segun la política que mejor les parecia, emprendian la guerra, ó firmaban armisticios; y lo que es mas, sabia que la corte de Susa veia con buenos ojos que los sátrapas que gobernaban lejos de la capital del imperio, gastasen sus fuerzas en luchas reciprocas y se imposibilitasen por consiguiente para llevar á cabo, unidos, una sublevacion general, no ocultándosele tampoco que los príncipes Farnabazo y Tisafernes estaban en gran tirantez de relaciones. Enemigo hacia mucho tiempo de Farnabazo, tenia Dercilidas guardadas las espaldas por un tratado que habia firmado con Tisafernes; atacó, pues, á aquel sátrapa con tanta fortuna, que en pocas semanas se apoderó de toda la Eólida y del territorio heleno-misio hasta mas allá del monte Ida, y obligó á Farnabazo á firmar, á fines de 399, un armisticio, en virtud del cual se garantizaba á los griegos un cuartel de invierno en Bitinia.

A partir de este punto se detuvo la actividad de Dercilidas contra los persas, y mientras pasaba la mayor parte del año 398 en el Quersoneso tracio, preparaba el vencido Farnabazo una gran guerra á los espartanos. Dirigióse con este objeto á Susa, combatió el sistema de Tisafernes, y recomendó con gran eficacia que se aprestase contra los espartanos una fuerte escuadra, cuyo mando debia confiarse á un hábil almirante griego. Para este mando indicó al esclarecido ateniense Conon, quien despues de la batalla de Egos Pótamos, habia encontrado un asilo en Chipre y tenia además en el príncipe chipriota Evágoras de Salamina, fiel y afortunado defensor del helenismo, un hombre que simpatizaba con él en su idea de restablecer el poderío marítimo del Atica. Gracias á la aversion contra los espartanos que se sentia entonces en la corte de Persia, no les fué difícil á Evágoras y á Farnabazo, hacer aceptar al gran rey los planes de guerra de Conon, cuyo objeto era destruir el reciente poder de la escuadra espartana, y especialmente robustecer la fuerza de Atenas. Farnabazo recibió 500 talentos para aprestar la escuadra que debia mandar Conon, y cuya construccion se llevó á cabo con toda cautela. Cuanto mas temidos eran los espartanos, tanto mas cuidado se ponía en ocultarles los planes de los persas.

Dercilidas recibió de Esparta en la primavera de 397, la órden de proseguir con mayor energía la guerra y de atacar la Caria y á Tisafernes, protegido en sus operaciones por el almirante Farax, y entonces dirigióse Farnabazo á Sardes, solicitando el auxilio del Carano. Cuando Dercilidas, despues de algunos movimientos, se encontró en el territorio del Meandro con solo 7,000 hombres frente al ejército del sátrapa, compuesto de 20,000 infantes y 10,000 caballos, á pesar de que la situacion de los griegos parecia, y era en

realidad, harto crítica, Tisafernes procuró evitar una batalla, recordando lo sucedido en Cunaxa, y entabló en junio de 397 negociaciones, que, sin conducir á un acuerdo entre las encontradas exigencias, dió lugar á un armisticio, que utilizaron los espartanos para enviar á su patria todas sus tropas, á excepcion de los círeos, hasta que á principios de 396 se alarmaron al enterarse de los grandes preparativos que para montar una escuadra se estaban llevando á cabo en Fenicia y Chipre.

Esta noticia no desagradó en modo alguno á muchos de los gobernantes de Esparta: cabalmente entonces se habian visto obligados á ahogar en sangre una conspiracion peligrosa, recién descubierta, tramada contra la oligarquía, bajo la direccion de un jóven y esforzado espartano llamado Cinadon, descendiente de una pobre familia dórica. Pareció, pues, esta ocasion la mas oportuna para hacer salir de Laconia una gran parte de aquellos elementos peligrosos y utilizarlos en la campaña contra los persas, procurando conseguir grandes victorias por tierra, antes de que se hallasen terminados los grandes preparativos que para la lucha naval aprestaba el Asia. Lisandro, por su parte, veía con placer una guerra que no le parecia tan en extremo peligrosa, y esperaba encontrarse en el caso de que el ascendiente de su talento, de su experiencia y de sus relaciones personales, se manifestara en todo su poder. Mientras el gobierno espartano convocaba en el Eurotas á los representantes de sus aliados para tratar de la guerra nacional, decidía Lisandro á sus partidarios del Asia á que solicitasen de los eforos el nombramiento de Agesilao para el mando superior de las tropas, y aconsejó al mismo rey que se ofreciese espontáneamente para dirigir en persona la guerra.

La proposicion de Agesilao fué acogida favorablemente: éste, teniendo en cuenta la crítica situación interior de la Laconia, solo llevó consigo 30 espartanos, ya como generales y jefes de division, ya como consejeros de guerra á cuyo frente estaba Lisandro. Reclutáronse además 2,000 neodamodes de Laconia y 6,000 aliados, firmándose una alianza ventajosa con los egipcios que, desde los últimos años de la guerra del Peloponeso, se habian sublevado contra el gran rey. No pudo, sin embargo, Esparta propagar el entusiasmo por la guerra nacional en la parte de Grecia que se extiende al Norte de Sicion y Flio. Corinto, Sicion y Tebas se negaron á tomar parte en ella. Cuando Agesilao salió de las costas beocias y llegó á Aulis, para sacrificar en este punto un ciervo á Diana, antes de pasar al Asia y siguiendo el legendario ejemplo de Agamemnon, los beotarcas estorbaron de un modo brutal el sacrificio. Agesilao no perdonó nunca á los tebanos tamaño ultraje.

Acampó Agesilao, con solos 2,000 neodamodes y 4,000 peloponesios, á fines de abril ó quizás mas entrado el año 396, en la antigua plaza de armas de los espartanos, en Efeso. Dadas sus escasas fuerzas militares y la difícil situación en que se encontraba, no le vino mal que Tisafernes firmase en seguida un armisticio de tres meses, durante los cuales permaneció en Susa para procurar que fuesen aceptadas las exigencias del rey espartano, es decir, la liberacion de los griegos asiáticos. Mientras el Carano sacaba del interior sus tropas, instruyó Agesilao á su ejército, se atrajo á los círeos, y procuró movilizar los contingentes jónicos, separándose al poco tiempo definitivamente de Lisandro. Pronto se vió claramente que los griegos asiáticos reunidos en Efeso consideraban á este oficial como la principal figura de la guerra: como á tal se tenia tambien Lisandro; pero Agesilao no estaba dispuesto á tolerar semejante estado de la opinion. El agradecimiento, la piedad que de antiguo le caracterizaba, y una amistad de muchos años, fueron derrotados, en el con-

ficto moral por que atravesaba Agesilao, por el orgullo y la independencia del príncipe. Con disimulada astucia dejó de otorgar sus favores á su antiguo amigo, le echó algunas indirectas, causóle sensibles humillaciones y le nombró finalmente su despensero mayor, lo cual tomó Lisandro por un insulto, de suerte que se decidió á salir de Efeso y á aceptar un mando en el Helesponto, desde donde, despues de haber confirmado una vez mas su valor y su talento, se retiró á Esparta, al año siguiente, sediento de venganza.

VIII.—EXPEDICION DE AGESILAO AL ASIA MENOR

Agesilao, al desembarzarse de la tutela de Lisandro, habia ganado mucho en el concepto de sus oficiales y de los griegos asiáticos. Bajo el punto de vista militar encontró un excelente sustituto de Lisandro en el general ateniense Jenofonte, quien habiendo regresado á Atenas en 399 y al tener noticia de lo acontecido con su íntimo amigo Sócrates, comovióse en extremo, indignóse contra su patria, y se volvió en 398 al Asia, para recobrar el mando de sus antiguas tropas bajo la direccion de Mercilidas. Como entendido oficial, mas que como hábil conocedor de los persas, de su carácter y de su táctica guerrera, fué un excelente consejero para el rey, con el cual entró en íntimas relaciones, por haberse mostrado su amigo desinteresado y admirador, y por ser el historiador de su época. El mismo Agesilao tuvo que desarrollar sus propias dotes militares, por mas que le faltaba el genio característico de Brasidas y aun de Lisandro, y que descuidase demasiado, como buen antiguo espartano, en perjuicio suyo, la parte marítima de la guerra. Su talento especial se mostró en la guerra terrestre; sin embargo, en lo referente á la intuicion táctica y estratégica, distó mucho de ser lo que fueron Jenofonte y despues Ificrates y Epaminondas, limitándose su talento á la demostracion de dotes eminentemente espartanas, merced á las cuales y utilizando los únicos medios de que disponia, se hizo célebre, alcanzando merecida fama como organizador del ejército y como general en las grandes guerras y en las escaramuzas.

Apenas hubo reunido Tisafernes las fuerzas necesarias para entrar en lucha, anunció á los griegos la cesacion del armisticio. Entonces inauguró Agesilao la guerra, engañó al Carano con aparentes preparativos para un ataque en Caria, y se arrojó con impetu sobre la provincia de Farnabazo, que fué devastada hasta cerca de Dascilio, sin que el Carano pensase en dar auxilio á su desgraciado colega. Durante el invierno de 395 y con los cuantiosos donativos de los griegos asiáticos, se hicieron en Efeso los preparativos convenientes, se formó una buena caballería y se aumentó el número de las tropas ligeras llamadas pestaltes. Jenofonte, que habia sido reemplazado en el mando de los círeos por Heripidas, y que formaba parte de la escolta del rey, fué su maestro en el arte de combinar en el combate las distintas armas para operar con mas éxito. Y cuando Tisafernes se hubo dejado persuadir de nuevo de que los griegos iban á atacar la Caria, en donde tenia sus bienes particulares, Agesilao guió á sus 17,000 hombres, no contra la infantería enemiga que en Caria se encontraba, sino contra Sardes directamente, donde, gracias á la nueva táctica de Jenofonte, á la vista del mismo sátrapa, derrotó por completo junto al Pactolo, en la primavera de 395, á la poderosa y numerosa caballería persa.

Esta victoria fué muy trascendental para lo sucesivo, y por cierto en un sentido muy distinto del que podia entonces esperar Agesilao. El brillante éxito conseguido tuvo por consecuencia apoderarse del rico territorio lidio, bien que no se atrevieron los espartanos á conquistar la ciudad de Sardes

cuya situación, así política como estratégica, era inmejorable. La catástrofe del Pactolo fué causa de la desgracia de Tisafernes. La influencia de sus enemigos se dejó sentir en el ánimo del débil Artajerjes; y como la cruel reina madre Parisatis perseguía con todo el salvajismo de su profundo odio al Carano por enemigo de su difunto hijo predilecto, Ciro, se decretó en Susa la deposicion y la muerte de los sátrapas designados como traidores: el subsátrapa Arieo, despues de un consejo sobre la marcha de la guerra, tuvo órden de arrestar á Tisafernes en Colosse, y entregarle al chiliarca (mariscal de la corte) Tithraustes, jefe de la guardia real, y designado para sucederle, el cual en el verano de 393 mandó decapitar á Tisafrenes y envió su cabeza á Susa.

El nuevo Carano dirigió muy hábilmente los asuntos del Asia Menor: propuso en seguida á Agesilao un tratado de paz segun el cual los espartanos debian evacuar el Asia, reconociendo el gran rey la libertad de los griegos asiáticos, con tal que le pagasen el antiguo tributo. Dado el estado á que habian llegado las cosas en las fronteras griego-persas, despues de la destruccion del imperio ateniense, tal proposicion era en todo caso una base segura para el establecimiento de una paz estable y conveniente para ambas potencias; perspectiva que no volvió á ofrecerse á los griegos asiáticos hasta la expedicion de Alejandro Magno. Pero la victoria habia embriagado á los espartanos y les habia entusiasmado hasta el punto de cambiar, contra la costumbre, la direccion marítima de la guerra, en vista de que su almirante Farax no habia sabido impedir que Conon reuniese 170 buques y lograra en la primavera de 395 sublevar á Rodas en favor de los persas. Por eso no aceptó Agesilao la proposicion que se le hacia. Contestó á Tithraustes que esperaba instrucciones de Esparta, y firmó con él un armisticio de ocho meses, en virtud del cual le quedaba expedito el derecho de hostilizar á Farnabazo. Entonces el rey y Tithraustes comenzaron una serie de astutos manejos diplomático militares, que acabaron por desprestigiar completamente la política espartana, contra lo que esperaban la mayor parte de los griegos.

IX.—GRAN LEVANTAMIENTO DE LOS GRIEGOS CONTRA ESPARTA. MUERTE DE LISANDRO. GUERRA BEOCIO-CORINTIA

Agesilao, que habia llegado al apogeo de su gloria, consideró posible emprender una gran expedicion contra las provincias interiores del reino persa, para conseguir que el gran rey aceptase una paz tal como la deseaban los espartanos. El plan de su gran empresa no podia tener mas objeto que el intentado en nuestros tiempos contra los turcos de la península de los Balkanes (1878-1879), esto es, decidir á los sátrapas, ó, por mejor decir, á los pueblos del Oeste de la Armenia sujetos á los persas y distintos de raza, á que se sublevaran contra la dominacion persa, y conseguir del gran rey por un lado la completa independencia de los griegos asiáticos y por otro hacer retroceder los puestos avanzados de los persas hasta mas allá de Halis. No puede afirmarse ciertamente hasta qué punto era posible llevar á cabo esta empresa, con los medios que poseian los espartanos; sin embargo el audaz rey arrojóse durante el verano de 395 contra la satrapía de Farnabazo, la conquistó casi por completo, indujo al caudillo paflagónico Otys á que se sublevara contra Persia, supo entablar á principios de 394 con Farnabazo negociaciones que presentaron desde luego buen aspecto, y se aprestaba en la primavera de 394 para llevar adelante su gran expedicion hácia el interior, cuando apareció de repente en su campamento un emisario de los eforos que le ordenó regresase inmediatamente á Grecia. El trabajo diplomático de Tithraustes habia producido sus resultados: la mitad de la Grecia habia tomado las armas contra Esparta.

Los persas de Sardes, aconsejados prudentemente por Conon, habian aprovechado la tregua que les diera Agesilao desde el verano de 395. No ignoraban que los Estados de la Grecia central, desde la descomposicion del Estado eleo, sentian cada vez mayor antipatia contra la potencia predominante, que no se habia atrevido á vengar inmediatamente el ultraje recibido en Aulis. Los nuevos enemigos de los espartanos en Tebas y Corinto, donde á medida que crecía la enemistad contra Esparta aparecian con mayor fuerza los elementos democráticos, no solo se aliaban entre sí, sino que solicitaban el apoyo de Atenas y de los antiguos rivales de Esparta en el Peloponeso, los argivos. Los Estados, á excepcion de Atenas, instados desde hacia mucho tiempo para un levantamiento general, que no dejaba de ser peligroso en un momento en que Agesilao volvia triunfante á su patria, aceptaron gustosos las proposiciones de Tithraustes, quien, durante el verano de 395, habia enviado á Grecia al rodio Timocrates con grandes sumas de dinero (50 talentos ó sean 1.177,500 reales) para decidirles á una alianza con la Persia. El dinero ofrecido por los persas proporcionaba á los griegos los medios de que antes carecian para poder emprender una guerra decisiva. El principal ejército de esta guerra era el ejército de Tebas.

Fuera que la casualidad viniese al auxilio de los beocios, fuera que la marcha de los sucesos les ofreciese una ocasion propicia, es el caso que en el verano de 395 se encendió una lucha local entre Focea y los locrios opuncianos: estos últimos solicitaron el auxilio de los beocios y, mientras estos se aproximaban al teatro de la guerra, se apresuraron los focenses á solicitar la intervencion de Esparta, que les fué prometida con tanta mayor satisfaccion cuanto que los dueños del Eurotas sentian el ardiente deseo de aprovechar esta ocasion para imponer un severo castigo á los tebanos. Lisandro fué quien mas partidario se mostró de una guerra que debia hacerle aparecer como el hombre de Estado indispensable. En tales circunstancias, una tímida tentativa de mediacion por parte de Atenas, fué tan perentoriamente rechazada por Esparta, que, desde entonces la democracia ática, dirigida por Trasíbulo, á pesar de lo debilitadas que estaban sus fuerzas militares y de las posiciones que ocupaba Esparta en Egina, Megara, Tanagra y Eubea, aceptó la alianza tan ardientemente deseada por Tebas.

La desgracia comenzó entonces á cebarse con Esparta: Lisandro, que habia acudido en seguida á la Grecia central, para reunir en Focea un ejército aliado que debia juntarse en Haliartos con Pausanias y los 6,000 peloponesios, invadió, con éxito en un principio, la Beocia, se apoderó de Orcomene y conquistó á Lebadia; pero una tempestad ocasionó en Haliartos su muerte y la disolucion de su ejército. Pausanias que, por el poco entusiasmo de sus soldados, no podia emprender de nuevo la perdida campaña, tuvo que firmar un armisticio poco glorioso y regresar á Esparta, en donde se pidió su muerte (otoño de 395) por traidor y cobarde, acusándosele como en el año 403, de amigo de la democracia ática; en vista de lo cual huyó desterrado á Tegea, sucediéndole su hijo de menor edad Agesípulo I, sujeto á tutela. Los espartanos que entonces advirtieron que solo la muerte de Lisandro podia haberles librado de una revolucion por él meditada desde que habia regresado del Asia, vieron perderse durante el invierno de 395 á 394 casi todos los territorios que hacia muchos años habian conquistado allende el istmo. Corinto firmó su simmaquia con Tebas, Atenas y Argos, apareciendo entonces en el istmo un nuevo consejo de la liga que exhortaba á todos los griegos á que se sublevaran contra Esparta. Pronto ingresaron en la nueva liga Leucades, Ambracia, Acarnania, los locrios ozolios, Eubea, las ciudades